



El octavo día. La evolución social como autoorganización de la energía*

RESEÑADO POR LEONARDO TYRTANIA **

Mientras escribía estas palabras llegó la noticia de la muerte de Stephen Jay Gould (21 de mayo del 2002, a los 60 años de edad, después de luchar 30 años contra un cáncer). Gould es uno de mis héroes. Protagonista de los debates contemporáneos en torno a la evolución, propuso la hipótesis de los “equilibrios interrumpidos” para explicar la repentina aparición de las especies, que luego permanecen en estado estable por largos periodos y desaparecen en medio de algún desastre. Éste es un patrón evolutivo observado en los registros fósiles, que no puede explicarse recurriendo al “gradualismo” darwiniano, según el cual las especies son producto de pequeñas modificaciones acumuladas a lo largo de mucho tiempo. El mismo patrón, que en física tiene su equivalente conceptual en la transición de fase, se puede observar también en la evolución social. Por ejemplo, cuando surge el Estado, y lo hace de manera repentina y casi simultánea en todas partes en un área cultural, como lo registra el material recogido por un grupo de arqueólogos de Santa Fe Institute (véase

www@santafe.edu). En la metáfora científica, este patrón se refiere al desempeño de la *estructura disipativa*, modelo propuesto por Iliya Prigogine en 1967. Se trata de estructuras que emergen en el proceso de *autoorganización* y se mantienen mediante la disipación de energía. Con este andamiaje conceptual es posible construir un mapa evolutivo de las estructuras prebióticas, orgánicas y sociales.

En la antropología contemporánea poco se discute la evolución. Habría que preguntarse por qué discusión tan escasa se da al margen de otros grandes temas en debate. La obra de Fred Cottrel (*Energy and Society*, 1955), Leslie White (*The Science of Culture*, 1958), Gregory Bateson (*Naven*, 1958), Ramón Margalef (*Perspectives in Ecological Theory*, 1968), Nicholas Georgescu-Roegen (*The Entropy Law and the Economic Process*, 1971), Kenneth E. Boulding (*Ecodynamics*, 1978), Richard N. Adams (*Energy and Structure*, 1975, *Paradoxical Harvest*, 1982; *The Eighth Day*, 1988) y de otros autores de nuestros días que escriben sobre la evolución social tiene como denominador común

una cierta soledad. Todos ellos son pensadores de mucha potencia y originalidad que, sin embargo, no crearon escuela ni tienen seguidores de su talla, aunque esto último es comprensible. En la antropología mexicana la discusión sobre la evolución social de Mesoamérica se desdibujó por completo después de la muerte de Ángel Palerm acaecida el 10 de junio de 1981.

La idea de evolución ya forma parte de nuestra visión del mundo, pero pensar en términos evolucionistas se volvió una tarea ardua. Es así, porque entender la evolución exige saber qué ocurre en otras disciplinas, habitualmente inhóspitas para el mortal común. No obstante, el intento vale la pena. Entender los recovecos del paradigma me ha parecido muchas veces una labor que me rebasa. Efectivamente, así es, aunque no siempre por mi culpa. De cualquier forma, el objetivo del viaje no es llegar a Ítaca, sino el viaje en sí. Con la particularidad de que la evolución es “un viaje sin retorno” para todos (Georgescu-Roegen). El mero contacto con el pensamiento de un autor vigoroso es una recompensa.

En una breve reseña del asunto que nos ocupa, Eric R. Wolf (*The Study of Evolution*, 1985) observa que la estructura teórica erigida por los antropólogos evolucionistas del siglo XIX se desmoronó bajo la crítica de los difusionistas, quienes sufrieron a su vez la misma suerte a manos de los funcionalistas, mismos que fueron devorados por los marxistas, y así sucesivamente. Este canibalismo teórico deja sin responder muchas preguntas candentes. Hay quien dice que, en realidad, nunca solucionamos nuestros problemas: simplemente nos cansamos

* Richard N. Adams. *El octavo día. La evolución social como autoorganización de la energía*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 2001.

** Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.



de ellos y los sustituimos por otros. Parece que eso es lo que sucede también en la teoría antropológica, porque si estos cambios de paradigma constituyeran revoluciones científicas al estilo khuniano, los viejos problemas no regresarían con tanta fuerza. En un libro de texto de Paul Bohannan y Mark Glazer (*Antropología*, 1997) se dice que “la preocupación por la evolución ha culminado tres veces en antropología: una con Spencer y Morgan a mediados del siglo XIX; de nuevo con Leslie White, sus seguidores y adversarios, a mitad del siglo XX; y una vez más con los contratiempos que rodearon la publicación de *Sociobiology* de E.O. Wilson a mediados de la década de los setenta”. Por alguna razón que no logro comprender, los autores ignoran campalmente los trabajos de Adams.

El Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I) ha editado algunos trabajos empíricos

de Richard N. Adams, reunidos en un volumen titulado *Etnias en evolución social* (1995). La edición, a cargo de Roberto Varela, quedó agotada en pocos meses. Esto se debió al interés de los estudiantes de licenciatura y posgrado, estimulado por los cursos y publicaciones del mismo doctor Varela sobre antropología política. La “teoría del poder social” de Adams, ilustrada por estos textos, es un modelo para la investigación, cuyo sustento teórico está en la *energética*. La traducción de *Energy and Structure* publicada por el Fondo de Cultura Económica (1983) no hace justicia al pensamiento adamsiano. Por estas y otras razones se imponía la necesidad de acercar al lector mexicano la obra teórica fundamental de un autor que contribuye a la “ciencia de la complejidad” desde la antropología. Así, en *Termodinámica de la supervivencia para las ciencias sociales* (Tyrntania, 1999), antología didáctica editada por la UAM-I incluye una traducción del

capítulo 2 de *Paradoxical Harvest* (1982). En la misma línea editorial se sitúa *El octavo día*, obra cumbre de Richard N. Adams.

No cabe duda de que la evolución de la biosfera nunca ha estado bajo control humano —concluye *El octavo día*—. La capacidad humana de desencadenar crecientes flujos de energía no se equipara, en modo alguno, con la escasa habilidad de controlar los flujos subsecuentes. Pareciera que los seres humanos hemos concentrado nuestra atención en los procesos que prometen mayores rendimientos, descuidando la calidad del control de los mecanismos detonadores.

Este libro es, precisamente, todo un detonador. Su gran valor reside en conectar la antropología con el vasto universo de la ciencia. *El octavo día* está disponible en la librería universitaria, pero también se distribuye con ayuda de la red. Escribanos a: antro@xanum.uam.mx.